

## **José Luis González Vera. Datos de interés.**

Con José Luis González Vera me pasa una cosa curiosa. Aunque nuestro encuentro, digamos, formal tuviera lugar siendo ambos ya algo talluditos, parece como si nuestras coordenadas espacio/temporales hubieran estado desde siempre en una intimidad algo inquietante, ahora que lo pienso. Se podría decir que hemos coexistido, convivido, cohabitado (castamente, eso sí) casi toda nuestra vida, y sin saberlo. Ni él, ni yo. Ambos, para empezar, recorrimos nuestra infancia en Antequera, separados por unas pocas calles. Aunque yo prolongué mi estancia por estos lares bastante más, hasta poco después de que se consumiera mi adolescencia, mientras que él los dejó bastante antes de entrar en ella, cuando sus padres se trasladaron a Málaga. Y quizás, viviendo yo ya en Málaga, puede que nos cruzáramos alguna vez en los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras, donde habríamos coincidido, año arriba, año abajo, cursando ambas nuestras carreras de Filología, sin saber el uno del otro. Bueno, hasta aquí la cosa es normal, tampoco es que estas coincidencias sean demasiado relevantes, esto es muy posible, y hasta recomendable, en esta localidad bien abastecida de antequeranos, qué duda cabe. Lo que ya no es tan normal, al menos a mí no me lo parece, es que además gran parte de nuestra juventud transcurriera en el mismo barrio de Málaga, en Miraflores de los Ángeles, que hayamos tenido algún amigo común (algo truhán, por cierto, a quien prestaba yo libros que nunca me devolvió) o que hayamos comido pulpitos a la plancha (deliciosos, por cierto) en el mismo bar del barrio sin tener conocimiento el uno del otro. De acuerdo, también estas cosas pueden pasar. Pero, convendrán conmigo, son más raras. Lo habitual, desde luego, es que, dispuestas de ese modo, esas líneas paralelas, esas plutarquianas vidas paralelas, discurran apaciblemente sin necesidad alguna de confluir. A no ser que el destino, y discúlpenme la cursilada, entre en juego y permita que el espacio y el tiempo ajenos pasen a formar parte del espacio y el tiempo de uno y viceversa ya con toda su parafernalia de besos, abrazos, brindis, más brindis, etc., etc., como nos ha ocurrido a José Luis y a mí. Sí, sin duda ha sido el destino el que ha propiciado la conjunción de nuestras respectivas eventualidades biográficas. O un caso de superación de la física cuántica, quién sabe, que hubiera permitido que dos planos de la misma realidad, uno aquí y el otro allí, pasen a ocupar finalmente una única posición. Y bien que me alegro yo de que haya sido así, sea quien sea quien nos haya convocado, ese resbaladizo destino o una física inapelable. Ambos operadores, en todo caso, deben mutar obligatoriamente de nombre y pasar a denominarse Literatura, que es al fin y al cabo el espacio de realidad en el que decidimos ya con plena conciencia mutua desenvolvemos al unísono.

Pero dejemos estas historietas y cumplamos con el cometido que se nos ha encomendado, que no es otro que dar la bienvenida a esta casa (a su casa ya, irremediabilmente) a un nuevo Académico. Vayamos, pues, a lo que importa, informemos sobre quién es y qué hace aquí quien hoy se incorpora a la Academia de Antequera.

La filiación de José Luis es la siguiente:

Nombre: José Luis González Vera

Lugar de nacimiento: Antequera

Año de nacimiento: 1964

Otros datos de interés (que se encarga él mismo de proporcionarnos):

Amistades poco recomendables. Articulista. Batería. Canalla de baja intensidad. Censurado. Cine. Conferenciante. Crítico. Doctor en Filología Hispánica. Ensayos. Francés. Inglés. Investigador. Megatauro. Nocturno. Novela. Nunca rehúye la pelea. Padre. Perro. Poeta. Polémico. Premio licenciatura. Profesor. Publicidad. Radio. Relatos. Revistas literarias. Ron. Sociable. Sin antecedentes. Tatuajes. Web.

Quisiera llamarles la atención, antes de nada, sobre esas algo inquietantes cualidades, tan subjetivas, tan distorsionadas, por tanto, al fin y al cabo, que se autoatribuye en esta telegramática nota. Por ejemplo, “canalla de baja intensidad”, “megatauro”, “nocturno”, “polémico”, “nunca rehúye la pelea”. Así, todas ellas seguidas, inducen a uno a preguntarse: ¿Pero, Dios mío, cómo estamos dando entrada en esta casa tan respetable a semejante ruina espiritual?! (el mismo José Luis, por cierto, se ha encargado de advertirnos de ella hace nada) ¡Y bebedor, además!, (no, no crean que ese “ron” se refiere a un cacharro read only memory, mencionado a la española, ese “ron” no ofrece dudas, es el nombre de un licor tropical puesto ahí de manera algo subrepticia, tengo la impresión). ¡Y tatuado!, exclamarán tal vez algunos. Pero no nos alarmemos, me consta que todas estas “virtudes” no dejan de ser bravuconadas, algo así como ese maravilloso argumento que blandía a la contra Marx, Groucho Marx (a quien José Luis igualmente se ha referido hace un momento), negándose a ingresar en un club que admitiera a tipos como él. Es verdad que José Luis González Vera es un irreverente irredento, un provocador nato, como suele decirse. Pero no es menos cierto que es un tipo entrañable, alguien que gana amigos allá por donde pasa (él lo sabe, vean si no el calificativo de “sociable” que se autoaplica, colocado hacia el final, es decir, como anulando todo lo anterior). Nada que temer, pues, por ese lado. Y sí mucho que ganar por lo que pueda aportar a este club un tipo de interés, él

también, de mucho interés, por la relevante labor que ha ido desarrollando toda su vida en varios campos de la cultura, no solo en la literatura. Démosle un repaso, aunque sea breve, a esa labor, teniendo en cuenta igualmente aquel telegrama curricular que él mismo nos proporciona y una nota sobre José Luis que escribía yo en 2017, a propósito de un estudio de la literatura en Antequera del siglo XX y lo que iba del XXI que expuse en esta misma casa. Mi nota de entonces decía:

**Este tío es un fenómeno. Es ejemplo de lo que probablemente deba constituir a un escritor: constancia, seriedad, rigor, con el objetivo de elaborar una “obra”.** Muy extensa bibliografía. Quince títulos, entre relatos, novela, poesía, estudios. Es además articulista en *La Opinión de Málaga* y colaborador en la Cadena Ser. También músico y cineasta. Lo conozco desde hace mucho, pero no sabía que era antequerano. Lo descubrí hace un par de meses tan solo. Un tipo entrañable y muy particular.

Aunque algo apresuradas, bastaría con estas dos notas para tener una idea bastante exacta de la omnívora personalidad creativa de José Luis González Vera. Pero permítanme que las desarrolle un pelín.

Siguiendo el mismo orden en el que José Luis coloca en su cablegrama las actividades a las que dice dedicar su tiempo, nos encontramos en primer lugar con “articulista”. Doy fe. Lo ha sido en el diario *La opinión de Málaga* durante más de treinta años. Y es bueno saber que uno de los autores a los que ha prestado especial atención ha sido José Antonio Muñoz Rojas, nuestro santo patrón, precisamente. Le sigue “batería”. Ya decía yo en mi nota que era músico, pero sobre esta actividad suya no disponemos de datos fiables. Por aventurar, lo podemos imaginar dando vueltas hábilmente a las baquetas entre sus dedos índice, corazón y anular y descargándolas con fuerza en los tambores, mientras maneja los platillos con su pie izquierdo y el bombo con el derecho en un cover de Hey Ho! Let's go! A estas dos ocupaciones les sigue el cine. Tenemos pruebas de ello, esta vez sí. Yo creo que para José Luis el cine debe haber sido una actividad muy importante, muy gratificante, muy emocionante también. No es fácil levantar películas, cortos, lo que sea, pero todos los que amamos el séptimo arte, en algún momento hemos soñado con hacer algo de eso. José Luis ha tenido esa experiencia y lo envidio por ello profundamente. Y no lo ha hecho, además, con cualquiera, con algún amigo vídeo-aficionado. Nada de eso. Ha acompañado en diversas funciones a Gaby Beneroso, uno de los más originales y personales directores de nuestro panorama cinematográfico, directamente o a través de la productora Bolvoreta Films. Les recomiendo que busquen por ahí el corto *Cuéntame algo sobre ese volcán*, una especie de *La cabina*, de Antonio Mercero, sin melindres, un

poco a lo bestia. O el documental *Litoral, la luz de la orilla* o la singular y algo lisérgica puesta en imágenes de la obra de José Bergamín *Coloquio espiritual del pelotari y sus demonios*, donde se puede disfrutar, por cierto, de una jovencísima Belén Cuesta, actriz hoy más que consagrada. Sí, estoy seguro de que ha sido una actividad de gran importancia en la trayectoria creadora de José Luis. Muestra de ello es que tantos de sus libros, de sus poemas, tengan como referencia al cine. Pero no nos adelantemos, sigamos el orden previsto. “Conferenciante” y “crítico”, afirma luego ser. Y asentimos. Lo es, en efecto. Y Doctor en Filología Hispánica, grado que obtuvo con una tesis algo extravagante en su momento a la que puso por título “Concordancias lematizadas e índices léxicos en la obra de Jaime Gil de Biedma *Las personas del verbo*”. Y ha escrito también “ensayos” y “novelas”. De lo primero, lo más notable es su dedicación al rescate de la obra de Juan José Relosillas, el gran periodista malagueño de finales del siglo XIX. De lo segundo, ahí está *El sabor de la madera*. Su novela. Búsquenla, léanla, léanla y pasen un buen rato con las tragicómicas tribulaciones amorosas de un hombre moderno. Entre esta de novelista y aquella otra labor de ensayista, dice saber inglés y francés, pero a mí eso me da un poco igual, pues siempre me saluda en español de alta definición. Y luego aparece la triada de quehaceres con más carga simbólica, a mi modo de ver. “Padre”, “perro”, “poeta”. Su calidad de padre no requiere mayor aclaración. En cuanto a la de poeta, la tiene avalada por numerosas publicaciones, digamos, menores, plaquettes, papelitos malagueños, como llamaba Villena, Luis Antonio de Villena, a estos cuadernos con no demasiadas páginas y por sus tres títulos principales: *Los barrios lentos* (2003), *Montaje de autor* (2009) y *A oscuras* (2016). Todos ellos recogidos en el volumen *Los naipes sobre el agua*, editado en 2017 por el Centro Cultural Generación del 27 en su colección de poetas malagueños pelín ya dinosaurios, para qué nos vamos a engañar (la misma colección, , dicho sea de paso, y me disculpan, por favor, en cualquier caso, la cuñita publicitaria, en la que se han publicado recientemente mis *Notas para un libro futuro*, figúrense mi satisfacción). Hacía yo antes referencia a la influencia del cine en la escritura de José Luis González Vera. No hay más que fijarse en alguno de sus títulos para percatarse de ello. *Montaje de autor* es un título inequívocamente cinematográfico. *A oscuras* nos remite, por oposición, a la idea de la luz, la esencia del cine, sin la cual es imposible capturar imágenes. Añadamos que alguna de sus secciones, muchos de los poemas de estos libros, llevan títulos propios de esta admirable disciplina: Contrapicado, Making-of, Bajo el foco, Créditos, Fotofobia, Escenario... En fin, obviando ya esa vis filmica que he querido destacar, creo que Carlos Alcorta, en una reseña a *Los naipes sobre el agua*, ha sabido ver certeramente lo esencial en la poesía de José Luis González Vera. “Una poesía –dice Alcorta– apegada a la tierra, que no se deja arrastrar por

ascendentes vientos celestes. Este efecto de, podríamos decir, «poner los pies sobre el suelo», se consigue añadiendo unas gotas de ironía que suavizan la tensión entre el paso del tiempo y la nostalgia subyacente”. Hasta aquí la cita. Y también Felipe Benítez Reyes, uno de los santos patronos de José Luis, ha querido caracterizarla otorgándole a su autor en la introducción a *Los naipes sobre el agua*, recuerden, su poesía completa, el apelativo de poeta-lobo. De esto, debo decirles, ya no estoy tan seguro. Puede ser, no digo que no, aunque yo más bien me inclino, si hiciera falta pensarlo, por pensar en José Luis González Vera como un poeta-John Wayne, esto es, testarudo, hombrón, romántico, bonachón, arrojado, firme, valiente, que es capaz de perder la cabeza por causas perdidas, inútiles, muy inútiles, como se ha encargado él mismo de informarnos hace poco. En cualquier caso, reflexionar sobre la simbología del lobo haría que nos extendiéramos más de lo debido, así que lo dejaremos para otra ocasión. Sí quiero señalar, para ir concluyendo, que de estas tres últimas labores en las que dice ocuparse José Luis González Vera, “padre”, “perro”, “poeta”, me abstengo deliberadamente de informar sobre la de “perro”. Para mí es un enigma en toda regla, algo para lo que no tengo explicación que darles, lo confieso. ¿Quiere decir que le agrada miccionar alzando su pata?, ¿tal vez advierte de las abundantes lanas que luce debajo de su bonito traje?, ¿que remueve alguna extremidad ante la cercanía de un ser querido? Lo ignoro. Y tampoco debe caerse, digo yo, en la fácil tentación de asimilar aquello del lobo con esto del perro, cuando está claro que son animales bien distintos. Consulten la Wikipedia, ya verán las diferencias... En fin, apresurémonos a dejar a un lado la zoología y terminemos, como es de rigor, con la vuelta al plano común de realidad que corresponde, hoy, aquí, a nuestra especie. Situados de nuevo en ella, solo restaría apostillar lo que decía yo en mi nota de 2017 de que este tipo es un fenómeno. Créanmelo. Bienvenido, pues, José Luis, a la Academia de Antequera. Muchas gracias a todos.

Francisco Javier Torres